

# Redescubrir evidencias

P. Rafael Ibareuren EP

Los medios de comunicación nos trompetean sin cesar la existencia de problemas financieros y económicos, restando importancia –cuando no, vehiculando- a la inmoralidad y al materialismo que están precisamente en el origen de la crisis actual. Crisis que es mucho más moral, cultural y espiritual que propiamente económica.

Es patente que en los días que corren la fe se resiente, inclusive dentro de nuestra Iglesia: O se reniega de ella, o se la profesa sin ardor, o se la asume en formas dudosas y, a veces, hasta aberrantes. Muchos de los bautizados están cada vez más cansados y hasta aburridos de ser cristianos. Pero gracias a Dios, hay católicos convencidos y valientes que experimentan en sí el amor de Dios.

El conocimiento y seguimiento de Dios parte mucho más de una experiencia personal que de profesar principios. No identifiquemos experiencia con sentimiento, pues eso sería entrar por las vías del subjetivismo. Vamos a la fuente del verdadero conocimiento: Jesús Nuestro Señor.

Al encontrarse con la Samaritana en el pozo de Jacob, Jesús le dice en tono de augurio y a la vez de queja: “*¡Si conocieras el don de Dios!*” (Jn. 4, 10). ¿Y qué es el don de Dios? El don de Dios es su amor gratuito, pues Dios es amor (1 Jn. 4, 16) y el amor consiste en que Él nos amó primero (1 Jn. 4,10). Ese amor dado y acogido deberá ser después, naturalmente, retribuido. “Naturalmente” decimos, pero en realidad cabe aquí la expresión “sobrenaturalmente”. Porque en la vida cristiana todo es gracia. El mismo deseo, el propósito y el esfuerzo que se haga desde nuestra libertad son propiciados por Dios; es Él que toma la iniciativa ¡Si conociéramos el don de Dios!

Hay un dato fundamental que nos ayuda mucho en la profesión de nuestra fe y es el de sabernos parte de una Iglesia universal. La dimensión de la catolicidad es estimulante y enriquecedora para cada fiel. Esa hermandad no es una idea abstracta, es un tesoro común que tendrá sentido en la medida en que la socialicemos y la compartamos sin retenerla para nosotros mismos; es una experiencia. Como en una familia en que la felicidad de todos está en el cariño y el servicio prestado mutuamente. La participación en la Misa dominical ya nos introduce en esa ambientación. También los eventos eclesiales importantes como los Congresos Eucarísticos o las peregrinaciones a santuarios, etc. Pero para lograr esa vivencia hay que pasar por etapas necesarias de la ascética, siempre al soplo de la gracia de Dios. Básicamente, las etapas serían tres:

1.- Se trata de redescubrir la adoración, ese acto que se impone a nuestra contingencia: el culto a un Dios vivo y presente en la Eucaristía, donde está entre nosotros y para nosotros.

Es nuestra cabeza, somos sus miembros ¡hacemos parte de Él! Nuestra identidad no es ajena a ese Pan consagrado, causa, y meta de nuestra vida misma.

2.- Redescubrir también la confesión, el perdón, contrarrestando así nuestro egoísmo, aliviando nuestro peso y abriéndonos a los demás. Siempre dentro de la dimensión “católica”, es decir, universal. Pues no soy un átomo suelto y perdido en el universo, hago parte de la familia de Dios, lo que me pide solidaridad vertical y horizontal, conciencia de hijo, de hermano, de miembro.

3.- Estas nociones nos llevan a redescubrir otra cosa de gran valor: la certeza de sabernos queridos, acogidos y salvados por Dios. No es otro el sentido de la Navidad que acabamos de celebrar: Dios se hace hombre para salvarnos, para hacer que superemos las dudas humanas y así poder lanzarnos a la aventura de lo divino. Así seremos felices.

La verdadera felicidad no está en resolver los problemas de bolsillo o de estómago. La pobreza y el hambre más apremiantes son los que suceden cuando los hombres se llenan de ídolos y cierran su apetencia a un Dios amigo que no es “mío” sino “nuestro” (“Padre nuestro...”) y que me espera siempre desde la blancura de la Hostia, a dos pasos de mi casa o en el camino del trabajo, del estudio, del deporte o del descanso. Siempre. Llueve, truene, nieve o tiemble, ahí está incondicionalmente aguardándome para darse. Si creo en esto y no lo experimento, pues probablemente no lo crea de verdad, con convencimiento. Tengo que redescubrirlo.

Usamos con insistencia el término “redescubrir”. De eso se trata: estas cosas que sabemos en tesis -y que hasta pueden ser evidencias- pero que no las encarnamos en nuestra existencia, son como si fuesen inexistentes para nuestra vida. Y el cristianismo o es vivido o no es.

La Eucaristía es lo que más puede ayudar a superar las crisis personales y sociales por su triple dimensión de presencia, sacrificio y alimento. Es Dios que viene a nosotros para dar sentido a nuestra vida llenándola de la suya. Vayamos nosotros a Él y así haremos carne el “*admirabile commercium*” por el que Dios se abaja y el hombre se enaltece.